

Las fuerzas vivas de Dylan Thomas

Cada escritor es un paisaje (por recordar el tópico), una cordillera de algas o de rocas, según el caso, que el traductor avezado debe escalar o derruir con la inútil esperanza de articular su misterio.

Mas, en contra de lo ya sabido, el daño que se ejerce no radica en la traición común, sino en la misma imposibilidad a la que, como ante un enorme espejo, cruel por real y certero, se enfrenta, cara a cara, el distinguido traidor.

Si bien es cierto que el asombro acompaña siempre a la herida, no lo es menos el sentimiento de vacío que, luego, nos deja.

Ese Dylan Thomas, galés, poeta «en alabanza de Dios y por amor a los hombres», ignorado —como suele ocurrir— gracias a su fama de místico raro, y alcohólico, no es sólo un paisaje, una montaña, una tormenta, sino, yo diría (y sé que peço), un «centro vivo» que supo aprehender, sopesando su propia alma y las de los demás seres, objetos, la variedad de fuerzas que combaten en el mundo.

¿Entonces? Más allá del tópico, más allá de las afirmaciones confusas, ¿dónde reside la imposibilidad de ser fiel a la inspiración de ese poeta? ¿Por qué nos resulta su aire «hermético»?

En primer lugar, los símbolos; símbolos que yo resumiría en individuales (o privados) y universales (o colectivos), es decir, aquellos creados/readaptados por el poeta mismo, o bien aquellos otros que, según la denominación junguiana, yacen ocultos en el inconsciente colectivo y han sido renovados a lo largo de la Historia.

La simbología de Dylan Thomas, en cualquiera de sus manifestaciones, es tan atractiva, tan dispar, tan rabiosamente humana, y son tantos sus múltiples reflejos que es imposible detallarlos todos aquí. Baste un ejemplo. En lo que a los colectivos se refiere, Thomas era un profundo conocedor de temas aparentemente dispares; así, la alquimia, la cargografía, los cuentos populares, las sagas míticas, el ocultismo, la cábala, el tarot..., por no hablar de las diversas religiones y las imágenes litúrgicas, sobre todo las de la Biblia. (En los sonetos de corte religioso titulados *Altarwise by owl-light* saltan entremezclados los nombres de Adán, Casiopea, Virgilio, Abadón, Capricornio o Rip Van Winkle

como si de uno se tratase). Dadas las fuentes, cabe imaginar el caudal de alusiones que fluye a través de sus versos.

En segundo lugar, el léxico; construcciones clásicas y revolucionarias a un tiempo; metáforas inauditas, de cierto tono surrealista, a veces, pero elaboradas siempre (repito, siempre), a partir de una lógica interna muy refinada. O los juegos de vocablos («God in bed, good and bad») y conceptos, auténtico desespero de quien osa atreverse a transcribirlos de una a otra lengua.

Por ¿último?, el ritmo; endiablado, endiosado, embebido, enfebrecido de tal modo que parece surgir de las entrañas de ese paisaje, de esos elementos que originan el canto. Además, por si fuera poco, el galés reinventa una métrica personalísima; erige, con los cimientos ya esbozados arriba y una gran dosis de pasión, arquitecturas armoniosas, casi perfectas:

Now
say nay,
man dry man,
dry lover mine
...

¿Cómo demonios aproximarse a un texto tallado sílaba a sílaba sin destruir su contenido?

No es extraño, aunque sí inadmisibile, que los críticos, los editores, los propios amantes perfilen una mueca o huyan despavoridos al abrir uno de sus libros. Él lo sabía. Pero sabía también que para descubrir la verdad enterrada de las cosas, para alcanzar su esencia, es preciso aventurarse, hundirse hasta el cuello en sus aguas; que (utilizando palabras de otro arrebatado, Antonin Artaud) es fuerza «oscurecer la claridad para esclarecer las sombras». Basta con abrirse de lleno y dejarse arrastrar por la música. Pues, ¿acaso algo de lo dicho anteriormente no ocurre igual con todos los poetas?

El arte (vaya palabreja) no es puro *showbusiness*, sino una tarea muy ardua que requiere el esfuerzo de todos los participantes, y más de aquellos que pretendan «enriquecerse».

Thomas, por otra parte, vuelca entero su corazón ebrio, por muy encubierto que esté. De ahí que su obra nos alcance interiormente con voces auténticas, atávicas, sinceras, mas nunca prefabricadas.

En algún otro sitio (tocante a Rimbaud) comenté que para mí la traducción es un ejercicio a través del cual intento guiar al lector hasta las raíces originales; invitarle a un viaje trasladando de un país al otro, de una isla a la otra, una mínima parte del tesoro que allí le aguarda.

Quien lo realice en busca del fuego dylaniano, al revelarlo, no podrá sentirse defraudado, y volverá «convertido en sabio y rico en experiencia».

J. A.